

---

# POEMAS

(Tercer Lugar)

## CAE LA TARDE, MUSLOS TACTILES

Por Rolando Rosas

Junto a esta tarde larga y vertebral como una orilla  
de sueño,  
te estacionas como un fragmento de multitud  
que los días rechazan.  
Te confundes en el principio nocturno,  
en el mismo lugar donde los labios se definen  
como labios  
y los dedos tienen la importancia de unas uñas  
y unos dedos abrazados a la lengua.  
No es noviembre  
y hay camisas en cada desconsuelo del mundo  
donde la piel se hace transitable  
y la voz se llena de hombres hambres nombres,  
y también decimos buenos días.  
Y también te encuentro en las bibliotecas destruyendo  
la historia  
y vendiendo vecindades.  
Y también en el asfalto tu angustia  
es una necesidad de puertos puertas para dejar  
la ropa,  
las medias, el brasier, los codos y las uñas  
y la desnudez de todo,  
y el estar en un hotel contando los crepúsculos,  
mientras cada día te acostumbras a tu cuerpo  
y preguntas por otras ciudades  
diferentes a tu sexo.  
Son las seis de la tarde y nadie habla por teléfono.  
Dibujas lagartos y mariposas en los lugares  
más íntimos  
de las palabras.  
Escucha el sonido de la regadera mientras tu cuerpo  
es una cóncava gota que moja  
mi cuerpo.  
Sonríes con rostros nuevos y nocturnos.  
Miras tu soledad colgada a mi brazo  
en la otra cara del codo  
pero no escuchas nada,  
sólo ese silencio triangular que la oscuridad esconde.  
En la primera estación de esta ciudad  
tu nombre empieza a sonar con pétalos y octubres

---

diferentes.

Y es que el agua cae,  
y es que el agua tiene sensación de caricias y estatuas,  
de mirar por los ojos mientras las cortinas corren  
sus membranas

y el párpado se cierra,  
y la fuente brota y es un tronco seco,  
y es la soledad del tacto de las manos,  
estática

en los parques y en los kioscos,  
en la misma historia y en el mismo recuerdo.  
Es la primera estación y el naufragio cae  
en el centro del agua.

Tu cuerpo se estruja y desde lejos la ventana  
se mira abierta,  
y desde lejos nuestro cuerpo cae en dos mitades  
de sangre.

Tu nombre es un tallo elevado y es tu nombre  
y también es mineral y planta  
y presagio y bosque,  
tacto y piel,  
ojos y cuerpo,  
astillas de espejos y ciudades exteriores al miedo.  
Es tu nombre mientras en la penumbra de los ruidos  
los músculos mencionan lugares anuales  
y de tierra.

Es también la hora en que las puertas se desatan  
con ojos ciegos,  
y decimos los pájaros con palabras tomadas  
de los escombros,  
de abrir la puerta, tocar tu pelo y contestar  
no hay nadie y nadie existe.

Es la primera estación de esta ciudad  
y te busco  
y los tigres esconden sus garras,  
y me dices te amo y sólo escucho el timbre del vacío  
llamando a casa,  
y me dices te amo

y tu voz se queda en un pedazo de deseos.  
En períodos de humildes reptiles,  
de manos que se quejan como arbustos  
cercados de acordes circulares,  
tu corazón se fue como una diaria mujer que se despide,  
hablando de disturbios y células y desvanes nuestros.

No dijo adiós

y su muerte empezó a doler  
más que las palabras del mundo,  
más que las rodillas que regresaron a su celda.  
Dijo cosas de invierno que la gente no entendió  
y los puentes se sumergieron en sus líneas  
y las cosechas fueron de pan de vino y de cebolla  
y también de hormigas.

Las palabras del mundo eran esquinas angulares  
donde el clima caía hacia el desorden  
sobre sonidos hechos de mordiscos y respiraciones,  
sobre miedos rotos de epidermis,

---

en las distancias de un ojo a otro ojo,  
donde se mide el desconsuelo del sexo.  
Empezaban a existir los días de la semana,  
el día empezaba como un pan lleno de musgo  
que el hambre había olvidado en alguna parte auténtica.  
Empezaban los milagros y las historias y los libros  
de texto, los dibujos y las dietas a las ciudades.  
Empezaba un buen adiós que tu carne agitaba  
como una diminuta pulsación de premios,  
y el público sonreía,  
y tus uñas se enterraban aun más en un solo proyecto,  
y tus uñas se enterraban aun más en un solo detalle.  
Era tu desnudez una deuda de animales y lugares y sueños.  
Eran tus músculos una penumbra que los mordiscos  
mencionaban  
con tierra y sangre.  
Eras esa mujer diaria, ese mismo pueblo, esos mismos pechos  
de pan y lanzas.  
Eras esa piel agitada de manos donde el corazón se vuelve  
primitivo  
y la piel se busca en cada piel,  
y los pubis gritan en la superficie de los deseos.  
Empezaba un buen adiós.  
Los automóviles pasaban en los prodigios del discurso.  
Empezaba un buen adiós y eran los hoteles anunciando  
sus herramientas y sus claxons nocturnos.  
Te escucho como si estuvieras cerca  
de mis manos,  
como si rasgaras el silencio  
y te llevaras los lunes indefinidos.  
Es posible que nunca estemos juntos en la tierra.  
Es posible que ahora  
la tarde te llene de peces que vienen del norte,  
donde puedas caber en los escombros  
y en los deseos de un automóvil vomitado  
a media calle,  
quizás en un adiós  
o en el mismo día de todos los días  
que tienen olor a pan prohibido  
para nuestros estómagos,  
quizás en esta lágrima que decidió dolerme  
al término de las vasijas.  
Pero ahora.  
Los niños miran los globos.  
Los comercios se llenan de sorpresas deshabitadas.  
Un prostíbulo no alcanza en este día.  
Estoy triste por tu pubis  
y tu vientre.  
Unos dientes desconocidos mordieron la noticia.  
No hubo suficientes cuerpos para esta hora.  
Abro los ojos  
y lleno mi cuerpo de líneas dérmicas,  
de quietudes verticales.  
Y las lágrimas se cierran como puños

---

---

en el arcoiris oxidado de un deseo  
en pleno orgasmo.  
Te escucho como si estuvieras  
cerca de mis manos  
donde todavía la esperanza de morirse,  
donde cada uno escogerá un pájaro  
y su espiga,  
su martillo  
y su clavo.  
Te escucho,  
estás lejos,  
más lejos del petróleo  
y de los yacimientos de niños enfermos  
con sus bandejas naufragando en sus manos  
hundidas de transeúntes.  
Como los pulpos,  
como algunos brazos sitiando mi tristeza,  
me detengo a cerrarme en pleno olvido  
y presiento el círculo musgoso de tu cuello.  
Estamos tan moluscos  
o tan ambiguos como siempre.  
Un pubis fresco se detiene en mi cuerpo.  
Una paloma ancha y presurosa emerge del silencio,  
que nos damos cuenta de todas las historias  
y los libros  
y los vientres acústicos.  
Entonces  
somos como esas mariposas erectas  
que no alcanzaron el principio  
de una primavera cortada.  
Sin más utensilios  
que nuestras manos y nuestras uñas,  
sin más deseos  
que los que no concurren a esta fiesta.  
Porque a veces no nos alcanza la orilla del día  
y tenemos  
que inventar otros armarios  
para guarda nuestras  
vestimentas,  
otros papalotes para sumergirnos en nuestro llanto.  
Y mientras tanto  
estamos pensando que había que ser etéreos  
como las palabras  
como las palabras  
que un día se fueron de casa,  
como aquel periódico tranquilo  
de noticias posteriores,  
como esas manecillas de reloj  
que se detuvieron en el cansancio  
de un aeropuerto.  
Ahora,  
igual que los pulpos,  
tan moluscos como siempre,  
inventas los domicilios,  
despiertas en el transcurso de los cosméticos,  
unida a tus dedos aéreos.

---

---

Te levantas y tu ropa es una ausencia que los tendederos  
ya no secan,  
adivinas tus blusas horizontales y te duelen  
los rostros de los niños del mundo,  
abandonas tus ansias  
como un día que ya no existe y tu conversación  
es una solitaria cárcel  
Imaginas tus ojos como una dificultad de asombro  
que la ciudad tuviera y te sumerges en lo acuático  
de tu naturaleza.  
En la cintura del deseo  
descubres el principio de las repúblicas.  
Te miras a través de la esperanza.  
Alguien se desnuda en la playa a la orilla  
de otra playa,  
alguien desconocido a tus ojos  
se desnuda en la misma playa a la orilla  
de un semáforo.  
Contemplas el día y desde lejos  
las noticias se inician en todas las bodegas  
y las librerías son argumento para investigar  
la infancia o un lugar adolescente  
olvidado a intervalos.  
Juegas al sobresalto del tacto  
y tus territorios más próximos son los silencios  
cerrados de trenes invernales  
que no llegaran a tiempo para festejar la fiesta.  
Juegas al sobresalto del tacto  
y los laberintos divulgan a Van Gogh con los ojos  
en las manos.  
Guardas tu llanto en los portafolios  
y me presentes  
como una estación extraviada  
sin vías desconocidas para ponerles nombre,  
juegas al sobresalto del tacto  
mientras me preguntas por la primera lluvia  
de agosto.  
Por tu boca los besos son abismos descritos  
en el aire.  
Me pierdo en tu boca.  
Un continente con tu nombre mueve el viento,  
y las aves se vuelven nativas de tu vientre,  
y los besos se deshilan en tu boca,  
y la noche es una larga hora de piedras enredadas.  
Entonces te amo.  
Una dérmica luna surge de tus senos  
como los muslos redondos de las aldeas dormidas.  
Entonces tu piel se despierta y se hace dérmica  
en mis dedos.  
Sobre tu corazón el agua se detiene en su función  
primaria.  
El tacto  
es la primera sensación de la semilla, del espanto  
y de la cáscara  
cuando el mediodía te conoce y te hace

---

---

extraña,  
metálica como los martillos y las bisagras.  
Recorro tu geografía.  
Me detengo en la soledad de tus ciudades  
que no tuvieron tiempo para decir su historia.  
Veo tus vegetales sin silencio y también tienen  
espinas abiertas donde el musgo se llena de esperanza,  
como tu cuerpo  
de línea en línea.  
En el afuera de los gritos  
mido la espuma del mar y los panteones de la sierra,  
de línea en línea los meridianos de su seno,  
tus piernas desnudas,  
la distancia ágil de tu cadera semeando playas  
sin barcos,  
y afuera  
relampaguea el viento,  
y afuera  
el viento  
mueve en línea sin eje,  
pezones presos.  
Hay habitaciones  
en que amanece y el mundo es más reciente,  
transcurrimos en la distancia del ocio y del olvido,  
nos preocupamos por algunos lugares subterráneos  
y un estar juntos distribuye la dimensión  
de nuestro cuerpo,  
y un líquido vacilante pasa a través de la madera  
porque cae la tarde  
todos los días  
en una diaria sensación nocturna  
de abrazarlo todo con un mismo nombre,  
olvidándonos,  
deseándonos en todos los relojes de la tierra,  
en tanto cae la tarde en los oídos  
como una piedra selvática donde se descubren  
tus senos,  
y tu falda alegre duerme en tu vientre  
hecho de imaginaciones.  
Hay habitaciones  
que inventamos como un pretexto para morder  
los labios.  
Las blusas cierran tu cintura.  
El viento se despierta y se deshacita,  
sale a la noche y se equivoca en los resquicios  
de las puertas.  
Sin embargo, la vida permanece en un mueble negro.  
en un silencio que tropieza con naufragios  
y embarcaciones,  
como cartas que tu garganta apaga  
cuando la tarde cae  
en las ventanas de los pueblos  
y volvemos las palabras lejos de todo,  
y fingimos los triángulos  
y nos decimos adiós  
festejando los últimos sonidos  
del tranvía.

---

---

## ALGO EN COMUN

En ocasiones  
somos tan buitres  
que ninguna carroña nos satisface.  
La dirección de la ira tiene un rostro  
descubierto,  
la fiesta es una muerte llena de escándalos,  
de esquelas,  
de silenciosos cuchillos,  
de ojos más recientes que el silencio.  
En ocasiones somos tan buitres  
que poco a poco nos vamos devorando.  
Abrimos las calles engendradas de pies,  
cerramos las palabras con aves ajenas,  
y la piel se queda en las bardas,  
sobre la pintura y sobre los miedos,  
fuera de los almacenes,  
donde sólo nos conoce la hierba y el insecto.  
En ocasiones somos tan buitres  
pero no nos devoramos,  
un asco nocturno tienen los ojos.  
Un dolor diferente estanca en los testículos  
y la noche repite sonidos irreparables.  
En ocasiones somos tan buitres  
que la sangre baña todo nuestro cuerpo  
pero no nos manchamos,  
y nada pasa.  
La muerte es una cabeza de buitre,  
lugares sin hambre  
en que el cuerpo tira su piel y se va desnudo.

∞

Metes tus manos en esa penumbra  
que es el acto de hacer las cosas  
y encuentras que aun te faltan tres cuartos de fechas  
y datos.  
Te recargas en tu epidermis y sacas una ficha bibliográfica,  
y tu amor me mira  
con esa desesperanza que sólo tienen los parabrisas  
de los autos  
llenos de jabón  
de manos y de hambre.  
Tu amor me mira y son los libreros.  
Tu amor me mira y es la manía de aventar tus ojos  
sobre la lluvia.  
Tu amor me mira y en esa enfermedad fácil de reinventar  
los prólogos de cada instante.  
No dices nada.  
Oyes como mis palabras  
y esa permanente sensación de prevenir lo inútil,

---

se quedan paralelas a mi taza de café.  
No dices nada.  
Nos abrazamos con las mismas palabras  
diciéndonos amor y cada parte de materia viva,  
utilizando la misma saliva para incendiar  
nuestra casa nocturna.  
No dices nada porque olvidas que el olvido  
es permanente  
y tenemos la costumbre de mencionar arena  
y vegetaciones simples.  
Me explicas el mundo y entonces te amo  
y busco hormigas  
y caigo a la mitad de la noche,  
inundándome de tumultos equivocados.  
Me dices jardines y ocasiones,  
habitaciones y momentos y acercas tu silencio  
y recargas en mi silencio tu silencio.  
Me tomas con tus domicilios y tus cartas  
y yo te digo fechas y disturbios, búsquedas y animales,  
datos y memorias, una taza de café y un mismo lugar en  
la costumbre mientras tu amor me dice oídos, arterias  
y otras causas.

∞

En tu oído el ring ring del teléfono  
es tan intenso como una palabra encerrada  
o un grito de alcantarillas repletas.  
Me preguntas por tus sueños y tu piel introvertida  
y tu musgosa tristeza en que el mediodía se parte  
en tres mitades.  
Miras lentamente como mis respuestas se estrellan  
contra los vidrios.  
Mascas tus deseos pero nadie te contesta.  
Retiras tus ojos del desorden  
mientras yo busco tus muslos y sólo encuentro  
astros y galaxias desconocidas.  
Miras como tu corazón es una sensación  
de helechos y recámaras.  
Te digo objetos que la soledad invade  
mientras entre los dos planeamos los olvidos  
del almuerzo,  
mientras la pulsación del miedo es un cauce de historias  
que tu boca finge.  
No dices nada y el silencio sale estrechamente  
por esos amplios testimonios que son tus ojos  
Estamos huyendo el uno detrás del otro  
porque los dos somos una multitud de gestos  
y advertencias.  
Dónde estamos —alguien pregunta—  
mientras tus manos toman los cubiertos.  
Tus manos buscan un lugar distante  
para olvidarse de la alegría,  
aunque seguimos buscando.  
Estamos en la primera estrella arrumbada en el cesto  
de la basura.



---

Estamos en la primera palabra para decir  
Qué asco Qué vulgar Las buenas costumbres  
tu falda chanel  
tus lentes negros  
tu etcétera para las discusiones tu pelo caído  
haciendo un círculo de tierra, tus pechos botados  
en los nombres de los hoteles,  
tus brasieres jugando a ser papalotes, tus nalgas  
dormitando en el smog de las ciudades,  
tus libros somnolientos con olor a perfume.  
Ahí estamos parecería romántico  
y sin embargo tus besos vuelan papeles.  
Sin embargo, es el instinto y estamos juntos,  
buscándonos  
el uno al otro,  
desde el principio desnudos,  
mirándonos en ese espejo que son los sueños,  
soñándonos en esa cápsula sudorosa  
que es nuestra vida,  
en la ventana de este hotel de cuarenta pesos.  
Un día nos vamos, agitamos nuestro hasta luego,  
agitamos nuestro pañuelos y nuestro dedos, leemos  
los mismos periódicos,  
y vemos la hechura de un crimen.  
el folletín donde tu sexo cubre la desnudez de tus manos.  
Un día enteramente enmudecemos  
y nos desconocemos.  
Nos abrazamos para mirar por el invierno  
pero sólo queda nuestra ropa  
deteniéndose en los cristales.

∞

Mientras digo tu nombre,  
tus pechos son un reloj  
donde la tarde  
se levanta como un mar carnal  
que me sumerge de orilla a orilla.  
Te siento prendida a tu piel,  
de tus huesos la noche se abre  
blanca y ortopédica.  
Las horas pasan  
acechándose a las horas de tu cuerpo,  
y te extraño,  
y la ciudad no se explica  
en su naufragio de cemento.  
El disco juega con el estereo a apoderarse  
el uno al otro,  
te miro y sonrío  
y es la hora de la infancia,  
pueblos de gritos antiguos,  
calle larga  
por los ruidos extraordinarios del silencio,  
herida angosta,  
hendidura de ojos  
donde están los rostros familiares

---

y los ojos que son tus ojos,  
y los peces que son más diferentes que la lluvia,  
y los besos  
moviéndose como anguilas desatadas.  
Naúfraga,  
mujer hecha de nombres prehistóricos  
donde la ciudad deambula y se mira sin nombre,  
y se mira en un solo ojo ajeno  
diferente al pájaro y a la sombra  
y al silencio.  
Beso carnal de labios,  
mujer anual formada de estaciones minerales.  
Subterrestres.  
Acústica.  
Orilla de tierra.  
Táctil desde los lugares cercanos a tu carne.  
Orilla de tierra  
en que el silencio tiene espalda y tiene rostro.  
Los dos tenemos algo en común.  
Abrimos los hoteles con la misma mano.  
Señalamos la televisión con los mismos ojos.  
Decimos buenos días con la misma intensidad  
de un turista o un permanente escribir poemas.  
Tú piensas que es porque hoy pasan comerciales  
anunciando tus pantaletas sobre unos muslos ajenos.  
Acaricias mi cuerpo.  
Tú sospechas de otros autobuses y otros ruidos.  
Tú piensas que es una circunstancia más  
de no tener nada en los bolsillos.  
Meter las manos en los testículos  
y encontrar penumbras y estrellas estilizadas.  
Algo en común  
nos une.  
Bajo el zipper de tu pantalón.  
Unes tu mano a todas las epidermis  
y caemos en ese pozo profundo que son tus deseos.  
Algo en común tenemos.  
Las películas de Buñuel o de Juan Orol y acariciar  
tus piernas,  
y decir mentiras debajo de tu falda.  
Un mismo libro.  
Un poema que escribo en un periódico  
y que nunca lees.  
Ver la televisión y ver que tu rostro es una acumulación  
de odios  
y también de rostro.  
Algo en común.  
Usar la misma taza de baño.  
Los mismos utensilios de vivir aislado en este mundo  
vegetal de tiempos  
y terremotos.  
Los mismos cubiertos.  
El mismo sketch de los insultos.  
Oír a Bethoven o a Bach,  
o simplemente oír como pasa el miedo  
rascando las axilas.

---

---

O simplemente escuchar detrás del piano  
a Nadie Pérez —concertista—  
Pero tu visitas ese museo antropológico  
y yo aprendo a decir tu nombre con narraciones de  
escritores exactos.  
A veces te llevas mi silencio.  
Algo en común  
los dos tenemos,  
será por eso que no nos amamos?

∞

Lo recuerdo bien.  
El reloj daba su sonido exacto de animal acuático.  
Tu corazón era un macho subiendo en esas palabras de origen  
directo.  
El autobús no pasaba.  
El señor demagogo permanente se equivocaba  
de memoria y decía otros silencios y otros crímenes masivos.  
Era jueves.  
La gente abría la boca y cerraba los oídos.  
Ya era de noche.  
En el cielo aplaudían los ángeles  
y dios sonreía bonachonamente.  
Una pregunta.  
Qué calle o qué domicilio  
La lluvia octagonal de otoño dejaba caer  
sus octagonales perímetro de líquido acústico  
No estabas.  
En mis zapatos el cansancio hería  
las circunstancias de mis ocios.  
Las horas pasaban como pájaros nocturnos.  
En mis labios las palabras establecían sus territorios  
ambiguos.  
En las marquesinas públicas tu nombre era un circo  
público  
donde la multitud aplaudía.  
Los automóviles pasaban.  
Los automóviles.  
Las mariposas pasaban.  
Las mariposas.  
Lo recuerdo bien.  
Lo recuerdo.  
En las memorias de los libros.  
En mis  
libros.  
Los ángeles aplaudían en tu tristeza  
y dios sonreía bonachonamente mientras tomaba una coca  
cola  
y sonreía  
clara, bonachonamente.  
En las primeras líneas se escucha tu piel y  
tu ausencia.  
Estás ahí estirándote efusivamente al desconsuelo.  
Estás ahí en la misma estación del metro.  
agazapada a tu vientre, a tu victoria,

---

dispuesta en un cartel de promoción consumo  
diario para lograr un contrato compraventa.  
Estás ahí donde la fiesta empieza,  
donde tu sexo se queda cerca de las cortinas,  
donde te abandonas a tu preocupación de nada  
y existencia.  
Pero no te escuchas.  
Preguntas por tu travesía, por tus juguetes  
y tus regalos,  
y tu llanto se va a la cocina,  
a los ruidos de la sartén del aluminio y de la tarde.  
Lloras en el momento en que mis relatos se te ofrecen  
y las manecillas muertas del reloj se escapan  
por los trazos de tu paisaje marino.  
Yo señalo un disco de Vivaldi.  
Alguien llama a la puerta  
pero sé que es nadie.  
Tú entras  
y también la tarde entra.  
Derramas tus vestidos sobre el sofá.  
Abres tus manos,  
pero no traes poemas,  
sólo un pez distinto  
parecido al sueño,  
como una lenta mariposa muerta.  
Vivaldi toma su sombrero y el silencio  
de las once  
y los abrimos los ojos en esa superficie  
donde también es viernes.  
Tomo tu mano y tus insectos  
Me dices hasta luego y usas tus zapatos.  
Vas a la azotea y quitas los tendederos  
de las camisas pero no me oyes.  
Abres tus sueños y entras  
mientras yo agito mi muerte en el cesto de los escombros.  
Nadie trajo enfermedades ni pañuelos  
y nadie vino.  
La muerte se despidió con sus gérmenes  
y sus lunas  
con sus libertades y sus tumbas.  
Primitiva y desnuda.  
En esa ocasión en que los días son crepúsculos que no  
se detienen  
y no hay tiempo para los orígenes de la noche.  
Cuando alguien llueve las mismas estrellas  
todos los días,  
cuando alguien se queda a vivir con nosotros  
y escribimos plantas y zoológicos,  
cuando nos desconocemos  
y desatamos los deseos en la oscuridad del cuerpo  
y abandonamos las lágrimas,  
y las calles extensas de sombras perdidas,  
y nos escondemos y nos despedimos cotidianamente  
en sílabas desechables,  
y regresamos nuevamente a casa.  
Hacemos la siesta del hambre

---

---

pero no recordamos a ese nadie que juega en las manos.  
Nos confundimos en esa ovación  
que oculta el amor en la recámara  
pero nuestros cuerpos no nos contienen,  
pero la lluvia no borra nuestras huellas  
y nos hace lodo  
y pantano,  
y nos confundimos en esa intención  
de comprender el agua de los charcos  
pero es demasiado océano ese golfo  
y ese olvido  
Y entonces la muerte se va.  
Nuestros pies se detienen en el tren  
donde la multitud extraña sus dientes  
y la noche se despierta.  
Y ese nadie que sueña con nosotros  
hace fácil la pérdida de los papeles.  
La noche se despierta  
y te descubro donde la tierra es polvo  
en todos los ovarios de la tarde.  
La noche se despierta como un pájaro de ciudad  
en la periferia del vuelo,  
y yo te guardo en esa tranquilidad que tiene  
mi saco guinda.  
Te siento en esta locura  
en que tu cuerpo emerge estupefacto  
de gaviotas infinitas.  
Te compro un pájaro negro  
para festejar tu cumpleaños  
porque la noche se acaba en el transcurso  
de las calles.  
Pero nadie se acerca a tus ojos  
y te vas huyendo  
tirando tus bostezos de saliva.  
Son los días extraviados en que tu llanto  
es una lágrima ajena,  
es tu casa,  
determina el sofá  
y el estéreo.  
Buscas tus blusas  
y encuentras que la gente compra camisetas  
para niños de seis y ocho años.  
Te sorprendes  
que tu perfecta muerte sólo transcurra  
mientras imaginas tus pantalones  
y la vida se escurre entre las bisagras del silencio.  
Escribes una carta donde dices que mis árboles  
rompieron tus anuncios.  
Dices te olvido con la misma extensión  
con que los triángulos niegan los meses,  
y dices te olvido y esfumas esa habitación  
que es mi cuerpo  
y rompes esa colección de museos que son los hoteles,  
y la tarde cae  
en esos muslos táctiles  
que son tus silencios.

---